

TÍTULO DEL ENSAYO: Presentación del libro: Mendigos del Amor.
Publicaciones sobre psicoterapia.

AUTOR: Lic. Dario Cornejo.

INSTITUCIÓN / LUGAR DE REFERENCIA: Universidad Nacional de Mar del Plata.

TELÉFONO: 0223 5010703

CORREOS ELECTRÓNICOS: dariocornejo999@gmail.com

EJE TEMÁTICO: Psicología Clínica y Psicopatológica

SUBTEMA: Presentación de un libro de autoría propia que trata sobre el ejercicio de la psicoterapia desde un enfoque humanístico – existencial.

PALABRAS CLAVES: Psicoterapia, psicología clínica, psicoterapia existencial, vínculo terapéutico

Presentación del Libro Mendigos del Amor. Publicaciones sobre Psicoterapia.

“Una de las paradojas de la vida de los terapeutas es que nunca estamos solos mientras trabajamos y, sin embargo, muchos experimentamos un profundo aislamiento”

Irvin Yalom (2019)

Cuando tenía apenas nueve años comencé a leer. Recuerdo que el libro “Cuentos de la Selva” de Horacio Quiroga, fue uno de los primeros libros que leí. Esa obra me fascinó por completo y también fue mi puerta de ingreso al mundo de la literatura juvenil. Siendo un poco más grande, al continuar leyendo, entendí que un escritor puede crear historias, ingresar al reservado mundo interno de sus personajes y lograr relatar sus íntimos detalles, como hiciera un explorador curioso sobre tierras lejanas. Yo quería hacer eso. Crear personajes, explorarlos hasta sus más pequeños detalles y relatar sus intimidades más profundas.

Entonces empecé a escribir. Textos cortos, cuentos de terror, poemas, letras de canciones. Alguna vez intenté escribir toda una novela, que luego deseché por temor a que no sea lo suficientemente buena. Era difícil. Mi deseo de comunicar no se correspondía con mi propia seguridad como escritor ni mucho menos con mis pobres habilidades de expresión narrativa. Ante cada nuevo intento de escritura, solía vencerme mi propio sentimiento de inseguridad.

Luego pasaron los años. El transcurso de mi adolescencia me fue llevando por otros caminos. Un poco más sinuosos, bastante más turbulentos. Me alejé de la escritura, aunque nunca deje de interesarme por los libros. Cuando por fin terminé mis estudios secundarios, mis padres prácticamente me obligaron a estudiar una carrera universitaria. Mi desconcierto era enorme. Tenía mil intereses y no sentía ninguna verdadera vocación. Entonces elegí la carrera de psicología casi sin saber nada sobre ella. Fue una elección intuitiva, corporal. Como la que siente un navegante que naufraga sobre los mares y arrima su embarcación solo donde divisa un poco de luz difusa.

Esa pequeña luminosidad que pude divisar desde lo lejos terminó resultando un enorme faro que guió mi llegada, brindándome esclarecimiento, seguridad y oportunidades. Aun cuando cursara imbuido en mi propio mar de contradicciones, la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Mar del Plata constituyó un terreno seguro. Amparador. Estimulante.

Me recibí joven. Tanto, que cuando contaba con la habilitación legal para ejercer la profesión, poco sabía sobre cómo y por dónde empezar a hacerlo. Entonces comencé a transitar por los diversos campos de la disciplina. Participé en proyectos de psicología comunitaria, trabajé asistiendo a personas con discapacidad, di mis primeros pasos en la docencia universitaria, y coquettee con la idea de dedicarme a la investigación. Pero por diversas razones volví a perderme en las tormentosas aguas de la vida adulta. Y nuevamente con mi barco a la deriva, terminé anclando dentro de un consultorio psicológico.

Como alguna vez dijo Julio Cortázar en uno de los tantos reportajes que brindó, “el azar suele hacer muy bien las cosas”. Yo doy fe de eso. Porque sin esperarlo, al corto tiempo de ejercer como psicólogo clínico, la psicoterapia me enamoró por completo.

A medida que mi demanda de pacientes crecía, concurrí a diversos espacios de formación. Primero de orientación psicoanalítica. Pero luego, ampliando el espectro de posibilidades, orientándome a modelos humanísticos e integrativos, basados en la investigación científica sobre la psicoterapia. Todos esos mares de tinta escritos sobre el campo de las psicoterapias me resultaron fascinantes. Leí la historia de esta práctica, tan variada, tan heterogénea, tan discutida y problematizada hasta en sus más pequeños detalles, como los capítulos de una novela escrita por miles de autores. Y a medida que iba formándome y ejerciendo como terapeuta, empezaba a trazar un plan de vida. Mi propio plan de mi vida.

Luego de diez años de atención ininterrumpida de pacientes niñas y niños, adolescentes, adultos y adultos mayores, mi amor por la psicoterapia continuaba renovándose. Continué con la docencia universitaria y logré realizar algunas presentaciones académicas sobre aspectos conceptuales específicos de la clínica. Pero aún sentía que algo más faltaba. Una inquietud aún pulsaba por

dentro. Ese deseo de comunicarse por medio de la letra escrita que me empujó desde pequeño.

No concebía la posibilidad de quedarme para mí solo con tanta experiencia humana escuchada. Con tanto sufrimiento desnudo. Con tanta humanidad develada en su propia vulnerabilidad. Entonces volví a mi primera y fantaseada vocación. La que divisé cuando era un niño. Con cientos de historias registradas en mi memoria y frente a un documento de Word en blanco, volví a escribir. Mi barco volvió a zarpar. Pero ahora yo sabía por dónde quería navegar.

Como ávido lector de la literatura de ficción sobre el ejercicio de la psicoterapia, aprendí también su método. No se trataba de inventar personajes, sino de recuperar las historias reales que uno mismo como terapeuta había conocido con sus pacientes, y camuflando los suficientes datos de identidad como para volverlos irreconocibles (respetando siempre la confidencialidad necesaria para conservar el secreto profesional), podía mantener los puntos centrales que me permitan comunicar lo que aprendí de cada uno de ellos.

Por ejemplo la historia de B., contenida en el capítulo 1 de mi libro bajo el título: Un Pequeño Árbol de Navidad. La presento a continuación.

Conocí a B. con apenas 5 años. Cuando entró por primera vez a mi consultorio, pasó corriendo el umbral de la puerta y evitó saludarme por completo. B. era una niña pequeña, muy delgada y enérgica, que no paraba de moverse. Con un flequillo largo y lacio que le tapaba parte de su cara, ocultaba su mirada y se mantenía vigilante. Su madre solicitó el tratamiento luego de que la niña le develara que su progenitor biológico abusó sexualmente de ella. Fue una conmoción tan grande que instauró una verdadera grieta entre la familia: estaban los que creían en el relato de la niña, y aquellos que no. Al quedar instaurada una causa penal contra el adulto agresor, más una medida de restricción de acercamiento que impedía todo nuevo contacto, desde el juzgado interviniente se solicitó que la niña sea evaluada y tratada psicológicamente.

En las primeras entrevistas de evaluación, fui acumulando como pocas veces me sucedió con estos casos, un cúmulo de indicadores psicológicos específicos de abuso sexual que había sufrido. B. fue valiente. Entre juegos y dibujos, muchas veces con lágrimas en los ojos, me detalló los episodios vividos con

quien hasta ese momento fue su padre. Un hombre que, con extrema perversidad, ultrajó su cuerpo a cambio de regalos y amenazas.

El recuerdo de estos episodios la llenaba de culpa, vergüenza y dolor. Desde que se instauró la denuncia, sabía que ya no tendría que volver a visitar más la casa de su abusador. Eso la tranquilizaba. Pero quedaban los recuerdos de sus amenazas y un cúmulo de sensaciones corporales que resultaban enloquecedoras. Y los juguetes. Quedaban los juguetes que su progenitor le había regalado, como cumplimiento de sus promesas y garantía de su secreto. Todo esto sucedió a comienzos de diciembre del 2017.

Por aquel entonces hacía poco que yo me había mudado a mi consultorio particular, luego de haber transitado múltiples instituciones. Al poder contar con un primer espacio propio, tras muchos años de movilidad en mi domicilio profesional, me concentré en decorarlo a mi libre gusto. Deseaba generar un espacio terapéutico amigable para niños y adolescentes. Y cuando se aproximaron las fechas navideñas, no dude en comprar un árbol de navidad. Una artesanía en madera, como esas que venden para armar en los comercios de decoración. Una estructura pequeña y frágil. Como B.

Recuerdo bien que en nuestro primer encuentro, el pequeño árbol de navidad fue lo primero que B. eligió para empezar a armar la trama de su juego. Con el curso de las sesiones, el pequeño árbol iba entrando y saliendo de las escenas que B. creaba. Me lo pedía con regularidad, y muchas sesiones fueron protagonizadas por un juego que consistía en armarlo, desarmarlo y volverlo a armar. Como al árbol, a B. la habían desarmado. Y poco a poco, ella también tenía que volver a rearmarse.

Llegó la navidad del 2019. Yo seguía recibiendo a B. en sesiones regulares. Ya contaba 7 años. Y aun cuando se presentaba dañada psicológicamente, poco a poco iniciaba su proceso de cicatrización. Su herida ya no sangraba, si bien siempre dolía. Tras dos años de sesiones continuas, informes psicológicos emitidos al juzgado, audiencias que posibilitaron la continuidad de la medida de restricción, y muchas llamadas telefónicas de apoyo familiar, la red creada en torno suyo logró cosechar muchos cambios. B. había mejorado su alimentación (ganando un peso saludable, luego de serios episodios anoréxicos); dejó de

sufrir enuresis y encopresis nocturna; reguló la agresividad y los contenidos de sexualidad adulta que se presentaban de modo explícito en su juego; y sobre todo habían disminuido notablemente sus pesadillas. Todas consecuencias directas del arrasamiento subjetivo que B había sufrido a causa del abuso.

Y fue en la última sesión de ese fin de año en donde el pequeño árbol de navidad volvió a entrar en escena. “¿Vamos a armarlo juntos?” me preguntó cuando comenzamos a jugar. “Creo que esta vez ya puedes armarlo sola, ¿no?” le respondí. “Toma, te lo regalo”. B. me miró confundida y temerosa por mi propuesta, sospechando del ofrecimiento otorgado. “No te preocupes, es un regalo que quiero hacerte sin pedirte nada a cambio. Si quieres, cuando vuelva tu mamá le explico que soy yo quien te lo regala, porque entiendo que para vos es importante. Para mí también es importante que lo recibas. Espero que lo puedas aceptar” terminé por decirle.

B, que como era ya habitual, hasta ese momento ocultaba su cara debajo de su flequillo, tomó lentamente la pequeña caja que lo contenía en sus manos. Y con temor, despejó poco a poco su mirada, ocultada por su flequillo. Me miró fijamente a los ojos. Y acercándose lentamente hacía donde yo estaba, se abalanzó sobre mis brazos para luego abrazarme tiernamente. Yo acepté su abrazo, y respondí con un abrazo aún más fuerte.

Hay mucho que decir de este recorte clínico. Pienso, por ejemplo, que esta escena demuestra como B. pudo empezar a trascender los miedos que le exigían vigilancia, sospecha y evitación de todo contacto físico. O cómo logró aprender a recibir regalos de un adulto, sin que por ello deba dar algo a cambio. Pero sobre todo, pienso que lo más significativo de nuestra última sesión fue que B. pudo volver a vivir un apego seguro con un adulto varón que, al ser sostenido desde la ternura, le permitió sentirse contenida, segura y sobre todo, confiada de que esta vez no volverían a hacerle daño.

Mendigos del Amor compila un conjunto de historias de tragedias, sufrimientos y procesos de reparación como el vivido por B.

Fue publicado por la editorial Gogol, durante agosto del 2021. Con el paso de los meses, las anécdotas sobre su lectura me fueron llegando. Amigos que me confesaban haber llorado al sentirse identificados con esas historias de desamor.

Colegas que usaban algunas de esas líneas para trabajarlas dentro del consultorio o el aula. Lectores que compartían esos textos con sus parejas al fin del día cuando sus niños dormían, o mientras disfrutaban unos mates durante un viaje en ruta. Me decían que el libro los hizo reír, llorar, enternecerse, espantarse. Y yo me imaginaba que esos libros quedarían en las bibliotecas de sus casas, en el estante de algún consultorio, en la guantera de un auto. O que hubiera sido rayado con crayón por un pequeño, o que pasaría a formar parte de esa lista de libros que se prestan y que luego nunca se devuelven.

Es un texto que es un poco biográfico, pero que logra arribar a algunas reflexiones teóricas. Una narrativa autobiográfica que nunca deja de apoyar sus pies en la realidad profesional. Me gusta pensarlo también como una bitácora vivencial que trata sobre el ejercicio de la psicoterapia de corte humanística. En donde conviven referencias a la obra freudiana; a las investigaciones y debates científicos sobre el campo de las psicoterapias; y, en especial, a los desarrollos de la terapia existencial, tal y como la gestó el psiquiatra norteamericano Irvin Yalom.

Desde su publicación, pienso que gané muchísimas cosas: historias, gratitud, reconocimiento. Y perdí también demasiado: mi papá murió en enero de este año, habiendo leído apenas sus primeras páginas.

Hoy puedo presentar a mi primer “hijo de papel” en la misma universidad donde estudié. Y me llena de satisfacción poder hacerlo en un congreso internacional de psicología, luego de los intentos trancos del año pasado, en dónde no pudimos gestionar un espacio dentro de la facultad por estar aún transitando la modalidad híbrida con la que fuimos saliendo de la pandemia.

Escribí el libro que me hubiera gustado leer cuando comencé a ejercer la profesión. Un relato que expone de modo crudo las vivencias subjetivas del terapeuta. Que no se limita al análisis conceptual, ni a esconder la propia vulnerabilidad detrás de una imagen de autosuficiencia. Sino que expresa con humana sinceridad los temores, las limitaciones, las propias contradicciones y los anhelos que muchos psicólogos y psicólogas experimentamos a diario. Y luego de un año de compartirlo, pienso que todas estas historias de sufrimiento, desamor y desesperanza cumplieron su cometido: afirmar que las narrativas de

una vida donde sucedieron experiencias trágicas también pueden enternecernos y hasta volverse un poquito graciosas.

BIBLIOGRAFÍA

- Cornejo, D. (2021). Mendigos del Amor. Publicaciones sobre psicoterapia. Editorial Gogol.
- Vilanova, A. (1993). Contribuciones a la psicología clínica. Algunos aportes teóricos de psicólogos notables. Raul Serroni – Copello Editor.
- Yalom, I. (1998) Verdugos del Amor. Historias de Psicoterapia. Editorial Emece.